

# LA RECLUSIÓN

Gilberto Durán Torres

Con el rostro compungido por lo que le dijo el siquiatra, salió del consultorio con la esperanza perdida. Su destino sería la reclusión en el hospital para enfermos mentales.

“Pero éste no es un hospital cualquiera, es de primera —le dijo el Dr. Kreisi—, ni siquiera le llamamos hospital; éste es un centro de recreación mental, aquí se recrea la mente, es decir: vuelve a crearse. Que no te dé temor. Tú ni siquiera estás enfermo, es decir, no tienes ninguna alteración en la *siquis*, nada tienes que recrear, sólo fortificarás tu salud. Cuando salgas de aquí sentirás la diferencia, ya verás.”

—Y si no tengo nada, ¿por qué insistes en que me internen?

—Mira, yo hablé con tu familia y les dije que no tenías nada, que eres una persona muy sana. Pero ellos alegan que te ven cosas muy raras. Ellos son los que insisten en tu reclusión. Eso les dará tranquilidad y una vez que pases las primeras pruebas ya no será necesario que te quedes más aquí. Es cuestión de unos cuantos meses. ¡Qué digo meses! semanas, solamente. Demuéstrales que tú estás bien y que los enfermos son ellos.

—Ellos tampoco están locos ni tengo por qué demostrarlo. Pero si piensas que los enfermos son ellos y que, en cambio, yo soy una persona muy sana e insistes en mi enclaustramiento, tus juicios apuntan a que el demente eres tú. En tal caso, al que deberían encerrar es a ti. Esas sí son cosas raras. ¡Cómo que unos *fuera de juicio* acusan a alguien de loco, el *loquero* sabe que no es cierto, pero les sigue la corriente, y para complacerlos recluye al que *no* está loco en *su* hospital! El loco eres tú—, remachó sin alterarse pero con una risa burlona que le llegó punzante al médico, que aparentemente ni lo inmutó, aunque por dentro le removió intensamente las tripas, y lo dejó callado, mirándolo decidido a salirse y a no aceptar la reclusión.

Se levantó de la silla y salió del consultorio que tenía la puerta emparejada, pero sólo para encontrarse con un pasillo largo con muchas puertas a los lados, pero cerradas todas. No había salida. Miró para todas direcciones, intentó abrir las puertas que pensó que podrían conducirlo para afuera pero ninguna se abrió. Como pudo se colgó de la pared para mirar por una de las largas pero angostas ventanas que estaban casi a la altura del techo y se asomó sólo por unos instantes porque sus brazos, poco musculosos, no tenían mucha fuerza para sostenerlo tanto. Esos instantes de mirar a través de la ventana lo estremecieron de horror. Las imágenes de segundos que captó por la ventana lo impactaron tanto que hasta le apagaron la luz de sus ojos risueños que, momentos antes de colgarse de la pared, todavía rebosaban de alegría.

Con la mirada triste, perdida la erección del espinazo y las piernas temblorosas regresó de inmediato con el siquiatra, y con palabras

encimándose unas sobre de otras le exigió que le abriera las puertas de la salida, que no tenía la menor intención de continuar allí ni de seguir hablando del asunto. “De este asunto —le respondió el Dr. Kreisi— se sale sólo hablando, y si tú no tienes la voluntad de hablar, me temo que entonces te quedarás adentro hasta que te *disciplines*.” Luego le ordenó:

—En la sala de visitas te están esperando tus familiares para que te despidas de ellos. Anda, ve a despedirte.

En la sala lo esperaban su padre y su hermana mayor. Esa parte del hospital era muy lujosa. La sala de espera tenía ventanales bien hechos, las paredes estaban decoradas, había plantas de diferentes tamaños, unas creciendo hacia arriba y otras hacia abajo en macetas colgadas del techo, y abundaban las flores. Los sillones y sofás eran de piel, había revistas y una colección de libros para que los visitantes se entretuvieran leyendo. También había varias computadoras donde se podía entrar a la Internet o jugar el típico “solitario” y otros juegos. Parecía en verdad un hospital de lujo para quién lo mirara desde ese lado, pero esa imagen contrastaba con el espectáculo dantesco interno que él retrató y guardó en su memoria cuando se colgó de la pared para ver por la ventana en su intento por encontrar una salida.

Su padre lo recibió con la sonrisa bien amorosa que siempre tuvo para todos sus hijos. No preguntó nada. Por la descompostura del rostro del hijo presintió que se quedaría adentro. La hermana, en cambio, sí preguntó: “¿Qué te dijo el Dr. Kreisi?” La pregunta no fue respondida, pero las palabras que habló dejaron el asunto bien claro: “Ustedes tienen la culpa. ¿Por qué me reportaron loco y le pidieron al siquiatra mi reclusión? Ahora me encerrarán.”

La hermana y el padre se miraron sorprendidos sin decir nada. Las lágrimas del padre le inundaban por dentro, pero ni así perdía la dulce sonrisa con la que llenaba de caricias a su hijo. “Ya váyanse —les dijo—. Después me vienen a ver. Ya me están esperando adentro.” Apareció una enfermera muy guapa por una puerta rotatoria y lo llamó. Él volvió a decirles a la hermana y a su padre con una entonación muy triste que ya se retiraran; enfiló hacia la enfermera y los dos se metieron por la puerta que gira como si se hubieran metido a la boca de un dragón.

No hubo más palabras de despedida. La hermana y el padre se salieron tristes del hospital, sin hablar, pero como queriendo decirse algo que a los dos les inquietaba y que seguramente les traería un conflicto familiar. Fue hasta después de mucho rato cuando la hermana no aguantó más y le reclamó al papá:

—¿Por qué reportaste que mi hermano está loco?

—¿Que yo lo reporté? ¡No fui yo!

—¿Entonces quién fue?

Los dos se quedaron sorprendidos. “Nos han engañado —dijo el padre—. Vamos al hospital a rescatar a tu hermano. Tenemos que llegar antes de que cierren al público.” Llegaron a tiempo. Inmediatamente pidieron ver al recién recluido para llevárselo pero les contestaron que no podían verlo en ese momento, que le estaban mostrando las instalaciones del centro de recreación y que luego seguiría la primera sesión terapéutica. “Pero si quieren esperar un poco —les dijeron—, y si el doctor lo permite, desde luego, quizá lo puedan ver.”

—Esperaremos— contestaron, y se sentaron en los sillones de piel de la sala de visitas.

El tiempo transcurría eterno y él no aparecía. Luego, al cabo de dos horas, quién apareció fue el siquiatra. “¿Cómo que quieren llevárselo? — exclamó sarcástico—. Si apenas lo acaban de dejar. En fin, si quieren llevárselo, pues llévenselo. Aunque creo que mejor sería que lo decidiera él, ¿no creen?” Dominante y dueño de la situación, el siquiatra ordenó que lo trajeran. Él apareció por la misma puerta giratoria por donde se había metido con el rostro compungido. Su padre y su hermana se sorprendieron al verle el rostro otra vez cambiado. Ahora estaba lleno de alegría. La sonrisa bonachona que lo acompañaba siempre y el brillo de sus ojos le habían regresado nuevamente. “Tú no te quedas aquí —le dijo el padre—. A todos nos mintieron. Nunca hemos dicho que tú estás loco ni hemos dado el consentimiento para que te encierren.” Entonces, el Dr. Kreisi, vigilante de lo que sucedía, intervino:

—¿Por qué no le preguntan mejor a él si es que quiere o no quedarse?  
—Y en seguida, dirigiéndose al recién interno le preguntó—: ¿Quieres irte?

—¡Nooo! —contestó aterrado—. Este es el lugar que siempre he andado buscando—. Luego, volvió a sorprender a sus parientes cuando quiso seguir hablando pero las palabras se le enredaban en la boca a consecuencia del primer tratamiento que le habían dado apenas al llegar al hospital.

—Vete a descansar—, le ordenó el siquiatra. Ya nadie dijo una palabra más. Su padre y la hermana salieron del hospital y a él se lo tragó la puerta giratoria para siempre.